

Los ministerios en el corpus paulino: una variedad no unificada

Nicolas Cochand¹

Resumen

La reflexión sobre los ministerios en las cartas de Pablo revela una notable diversidad terminológica y una ausencia de organización unificada en las primeras comunidades cristianas. Los textos neotestamentarios, lejos de ofrecer un modelo estructurado, presentan una pluralidad de designaciones —apóstoles, profetas, maestros, diáconos, obispos— sin precisar funciones, jerarquías ni procesos de institucionalización. Esta indeterminación sugiere que los ministerios emergieron en función de las necesidades concretas de las comunidades, especialmente en torno al anuncio de la Palabra, más que como resultado de un sistema previamente definido. Asimismo, el análisis crítico de las principales hipótesis historiográficas muestra la fragilidad de los intentos de reconstruir una evolución lineal desde formas carismáticas hacia estructuras institucionales. En este contexto, se proponen tres criterios teológicos para discernir los ministerios: el servicio, la edificación comunitaria y la fidelidad al Evangelio. La Escritura aparece así no como normativa estructural, sino como instancia crítica que interpela continuamente la praxis eclesial.

Palabras clave

ministerios; cartas de Pablo; Iglesia primitiva; carisma; organización eclesial

¹ Nicolas Cochand es conferenciante de teología práctica en el Instituto protestante de teología, Facultad de París. Es también director del Instituto Superior de Estudios Ecuménicos del Instituto Católico de París. Su investigación doctoral ha versado sobre los ministerios en las cartas pastorales (1 y 2 Timoteo, Tito).

Introducción

Mi aportación² está estructurada en torno a tres constataciones y una pregunta. En primer lugar, los términos utilizados para designar a los responsables o las funciones en las comunidades a las que se dirigen las cartas de Pablo varían de una carta a otra y parecen definidos. En segundo lugar, las tareas, las responsabilidades y la organización no están descritas, de modo que nos encontramos con hipótesis a veces contradictorias. En tercer lugar, el artículo ha propuesto varias claves de lectura diferentes para hacer aparecer el origen de los títulos y de la organización. En general, dichas claves de lectura se basan sobre presupuestos que pueden ser verosímiles pero que no encuentran un apoyo claro en los textos mismos. En cuarto lugar, finalmente, las tres constataciones precedentes nos llevan a preguntarnos qué es lo que se busca cuando se interroga a los textos bíblicos y, en particular, el corpus paulino sobre la organización eclesial y ministerial.

1. Títulos variados, un vocabulario emergente

Se impone una advertencia previa: el tema de los ministerios generalmente no es abordado como tal en el Nuevo Testamento; se lo menciona al pasar, en el marco de una argumentación que no trata específicamente de los ministerios. Así pues, se trata de ser prudente en la explotación de los datos. Yo me referiré principalmente al corpus paulino, es decir al conjunto de las cartas neotestamentarias atribuidas al apóstol, desde Romanos a Filemón³.

Algunos textos evocan o nombran a personas que desempeñan un trabajo en el interior de la comunidad, sin por ello conferirles un

2 Esta aportación es una versión reelaborada de un artículo aparecido bajo el título N. Cochand, “Les ministères dans le corpus paulinien”, en Jean-François Chiron – Anne-Noëlle Clément (eds.), *Les ministères aujourd’hui. Nouveau contexte, nouveaux débats dans nos Églises et entre nos Églises*, Profac, Lyon 2019, 51-69.

3 Admito aquí la hipótesis según la cual siete cartas (Rom, 1 Co, 2 Cor, Gal, Flp, 1 Tim, Flm) son del apóstol mismo, mientras que otras (Hch, Col, 2 Tes, 1 Tim, 2 Tim, Tit) le son atribuidas por autores anónimos posteriores. No es posible desarrollar aquí la argumentación conducente a considerar esta hipótesis como verosímil, ni discutir la integridad de las epístolas, principalmente de 1 Cor y 2 Cor.

título específico. En la primera carta a los Tesalonicenses, probablemente el texto más antiguo del Nuevo Testamento, escrita poco después de la fundación de esa Iglesia, Pablo menciona a algunos responsables sin aplicarles ningún título particular: “los que trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan”.⁴ (1 Tim 5,12); se trata (v.13) de “su trabajo”. Así pues, es posible constatar que, en una iglesia recientemente fundada por Pablo, algunas personas actúan en el seno de la comunidad. Los verbos utilizados no permiten definir una función específica, sino que es del orden de la palabra. No podemos sino constatar que Pablo no siente la necesidad de atribuirles un título.

En los saludos de Rom 16, Pablo cita a varias personas sin tampoco dar su título, evocando igualmente las “penurias” que pasan, con el mismo verbo que en 1 Tes 5,12. Entre esas personas, se encuentran varias mujeres: María (Rom 16,6), Trifena y Trifosa así como a Perside (Rom 16,12). Ese verbo (pasar penurias, *kopiaō*) se convierte en el corpus paulino, en un término regularmente asociado a la actividad de anuncio del Evangelio.

Conocemos bien los pocos textos paulinos que mencionan explícitamente títulos. El saludo de la epístola a los Filipenses incluye obispos y diáconos (Flp 1,1). Esta carta no da ninguna indicación que permita definir qué tipos de ministerio designa con ello. Es la única aparición de los obispos en el mismo Pablo. El obispo reaparece 1 Tim 3,1-7 y Tit 1,7-9. El título de diácono, *diakonos*, en cambio, es evocado en varias ocasiones: en la correspondencia a los Corintios, por una parte y para el mismo Pablo en unión con otras personas (1 Cor 3,5; 2 Cor 3,6; 6,4). Pablo señala a una mujer con el título de diaconisa, Febe (Rom 16,1). La literatura paulina atribuye el título de diácono a Pablo (Hch 3,7; Cor 1,23.25), a Epafras (Cor 1,7), a Tíquico (Ef 6,21) y a Timoteo (1 Tim 4,6). La categoría de los diáconos reaparece después del obispo en 1 Tim 3, 8-13, donde permanece abierta la cuestión de saber si las mujeres de las que se trata (1 Tim 3, 11) son igualmente diaconisas.

4 Las abreviaturas de los libros bíblicos siguen las de la *Sagrada Biblia*. Versión oficial de la conferencia Episcopal Española.

Pablo menciona también una tríada en 1 Cor 12,28: apóstoles, profetas y doctores (o maestros, *didascaloi*). Ef 4,11 añade a ello el título de evangelista, así como la metáfora del pastor para los que enseñan. Pablo cita dos apóstoles, uno de ellos mujer, en Rom 16,7, Andrónico y Junia⁵. En 1 Tim 2,6-7 y 2 Tim 1,10-11, el apóstol mismo acumula ciertos títulos: es heraldo, apóstol y doctor de las naciones.

Si bien Pablo menciona títulos e incluso una tríada (1 Cor 12,28), no da ninguna indicación de organización. No sabemos nada en cuanto a selección, formación, nombramiento, función, tareas, duración, relaciones jerárquicas, etc. Dos pasajes de las Pastorales sugieren algunos elementos.

Las viudas (1 Tim 5,9-15) son objeto de una atención particular: la existencia de un grupo de mujeres, y especialmente de mujeres jóvenes, llamadas viudas, está acreditada a parte del Nuevo testamento por los saludos de una carta de Ignacio de Antioquía: “aludo [...] a las vírgenes [o mujeres jóvenes, *parthenous*] a las que se llama *viudas*”⁶. El autor de las Pastorales se esfuerza por limitar el acceso de las mujeres jóvenes a la categoría de las viudas, poniendo unas condiciones que son análogas a las de los demás ministros (obispo y diáconos, ver 1 Tim 3), pero también imponiendo una edad mínima muy elevada⁷. El texto da a entender que esas mujeres tienen como actividad la enseñanza.

El mismo Pablo no utiliza el título de anciano (*présbite*, *presbyteros*). Los presbíteros constituyen una categoría que merece una consideración particular en 1 Tim 5,17: “Los presbíteros que ejercen bien

5 Junia es un nombre femenino, impropriamente convertido en Junias en la *TOB* y la mayoría de las traducciones en francés.

6 Ignacio de Antioquía, *Lettre aux Smyrniotes* XIII,1, en B. Pouderon – J.-M. Salamito – V. Zarini (eds.), *Premiers écrits chrétiens* (Bibliothèque de la Pléiade), Gallimard, Paris 2016, 217.

7 La *TOB* orienta la interpretación de 1 Tm 5,14 eligiendo esta formulación: “quiero, pues, que las jóvenes viudas se vuelvan a casar”. El griego dice, literalmente: “Quiero, pues, que los/las jóvenes se casen” lo cual aclara un tanto diferentemente el contexto en el cual el autor toma posición: no se trata de mujeres que han perdido su marido, sino de mujeres jóvenes que aspiran a otro modo de vida y de compromiso diferente del matrimonio.

su cargo merecen doble remuneración, principalmente los que se afanan en la predicación y en la enseñanza”. Vemos aparecer la posibilidad de una remuneración, diferenciada según las funciones⁸. El título de anciano parece corresponder a varios tipos de actividad, principalmente a las de la palabra y de la enseñanza. Cabe notar la presencia del verbo “penar”, ya mencionado anteriormente, para la actividad de predicación.

La epístola a Tito presenta al apóstol encargando a su destinatario de organizar las Iglesias de Creta instalando en ellas a los ancianos. El texto (Tit 1,5-9) parece considerar como sinónimo presbíteros y obispo, pues pasa sin transición de las cualidades esperadas del anciano a las del obispo (Tit 1,7): “es preciso *en efecto* que el obispo sea intachable”⁹.

Podemos hacer un primer balance intermediario subrayando cuatro aspectos de la situación que se presenta en tiempos del mismo Pablo. En primer lugar, 1 Tesalonicenses indica claramente que las comunidades paulinas de entrada están dotadas de responsables. La aparición de una estructura no es un fenómeno tardío. En segundo lugar, los responsables son evocados en plural. Las comunidades no parecen estar dotadas de una dirección monocéfala. En tercer lugar, el título de apóstol es utilizado de forma extensiva. Pablo se lo atribuye en la apertura de varias de sus cartas. Parece reivindicado por sus adversarios en 2 Cor. Él mismo califica como apóstoles a dos personas de nombre latino (Rom 16,7). En cuarto lugar, el apóstol Pablo no parece muy apegado a una nomenclatura específica. No señala a los responsables de la Iglesia de Tesalónica mediante títulos (1 Tes 5,12). Cita una tríada que parece tradicional, apóstoles, profetas y maestros (1 Cor 12,28) pero no la retoma cuando se trata de calificar su propio ministerio y el de sus colaboradores o de sus competidores en la misma carta (ver 1 Cor 3,5). En Flp 1,1, Pablo parece haber tomado nota de que los filipenses señalan a sus responsables por los títulos de obispos y diáconos.

8 Para subrayarlo, algunos proponen traducir *timè* por honorario antes que por honor.

9 Encontramos la misma equivalencia entre presbítero y obispo en Hch 20,17. 28. Ver también 1 Pe 5,1-2 (con el participio *episkopountes*).

2. Esbozo de evolución y de organización, preguntas y dudas

¿Es posible hacer aparecer una línea general o algunas evoluciones dentro de las epístolas de Pablo, luego en la tradición que se proclama como suya? Podemos proponer algunas constataciones.

Para evocar funciones y su lugar al interior de la comunidad cristiana, el apóstol recurre a varias metáforas. De entre ellas, dos deben ser particularmente señaladas aquí: la del don y la del servicio.

La imagen del don, del regalo (*charisma*) la emplea Pablo en 1 Cor 12, en un desarrollo cuyo objetivo es luchar contra una jerarquización de las manifestaciones del Espíritu. Valiéndose del sentido ordinario (regalo) y del campo semántico de la gracia (*charis*), esta metáfora se convierte en un concepto teológico cuya función argumentativa es la de poner en igualdad a la vez unas manifestaciones espirituales espectaculares (don de curación, de hablar en lenguas, etc.) y el acto primordial de la fe, la confesión del señorío de Cristo (ver 1 Cor 12,3-11), así como también funciones reconocidas (ver 1 Cor 12,28-30). De ahí, lo veremos más adelante, es inadecuado oponer carisma y ministerio, al menos en 1 Cor 12.

El campo semántico del servicio (*diakonía*) y del servidor (*diakonos*), se ha convertido en el registro por excelencia para hablar de ministerio. El término francés de ministro es además proveniente de la traducción latina (*minister*) del griego *diakonos*. Es posible que Pablo esté en el origen de este uso. Al principio, se trata de una metáfora. En efecto, Pablo la utiliza para articular su actividad con la de los otros apóstoles y predicadores. En un primer momento, no se trata de un término técnico para designar una categoría de responsables eclesiales entre otros, sino de una imagen desarrollada mediante una serie de calificativos, entre ellos el de servidor (*diakonos*), pretendiendo reinterpretar una situación de rivalidad con el fin de salir de una perspectiva conflictual entre diversos agentes de la misión

entre los Corintios (1 Cor 3,5)¹⁰. El hecho de que se trate de una metáfora y no de un título está indicado por el uso de sinónimos en 1 Cor 4,1: “Que la gente sólo vea en nosotros servidores (*hypèrétas*) de Cristo y administradores (*oikonomous*) de los misterios de Dios”. Algunos años más tarde, Febe es calificada como diaconisa de la Iglesia de Cencreas (Rom 16,1), lo cual parece indicar que una iglesia cercana a la de Corinto y quizás asociada a ella da a algunos responsables el nombre de *diáconos*. Vemos que también es el caso de Filipos y más tarde en las comunidades Pastorales.

Algunos investigadores estiman que es necesario hacer una distinción entre esta primera tradición y otra, origen del uso de *diakonos*, que sería perceptible allí donde el título es articulado y adosado a otro ministerio (obispo o anciano). En este segundo caso, se recurriría a este término debido a su sentido ordinario, no como una metáfora sino para designar un ministerio subalterno principalmente consagrado al servicio de las mesas¹¹. Aun así, ni la epístola a los Filipenses ni la primera a Timoteo establecen, por una parte, una relación jerárquica entre obispo(s) y *diáconos* y, por la otra, cuando es mencionado para una persona, el título de *diácono* designa más bien una actividad de palabra¹².

10 Mc 10,45 da un fundamento cristológico a imagen del servidor (*diakonos*, mencionado en el v. 43): “Porque el Hijo del hombre no ha venido a *ser servido*, sino a *servir* y dar su vida en rescate por la multitud”. Tal no es el caso de Pablo. No obstante, cabe señalar que la predicación de la cruz (1 Cor 1, 18-25) constituye el eje de toda la argumentación del inicio de la carta y puede igualmente fundamentar, indirectamente, el uso de *diakonos*.

11 Hch 6,3-4 realiza una distinción entre el servicio de la palabra y el servicio de las mesas. Ver en ello la institución del diaconado plantea tres dificultades: en primer lugar, la distinción operada no se vuelve a aplicar: los Siete tienen también una actividad de palabra. En segundo lugar, el verbo *diakonein* (v. 3) es el que la lengua impone para el servicio de las mesas, pero el título de *diácono* (*diakonos*) está ausente de este pasaje como del conjunto del libro de los Hechos. En tercer lugar, el término asociado *diakonia* (servicio, ministerio) es utilizado para la actividad de predicación de los apóstoles (v. 4).

12 La idea de una obediencia de los *diáconos* a los ancianos y al obispo comienza a aparecer en Ignacio de Antioquía, en quien en ningún otro caso se da a entender que los ancianos estarían sometidos al obispo (o inversamente). El papel de los *diáconos* en Ignacio está sujeto a discusión. Algunos textos sugieren que tienen alguna actividad de predicación.

Deseo citar aquí la carta de Plinio el Joven al emperador Trajano en relación con la conducta a adoptar hacia los acusados cristianos: “Me ha parecido tanto más necesario interrogar, incluso bajo tortura, a dos esclavos que ellos calificaban de ministros para saber de qué se trataba”¹³. Plinio menciona el caso de dos mujeres cuya situación social era la de esclavas (*ancillae*), pero que eran designadas como *ministrae*, traducción latina feminizada de *diakonoí*. De lo cual se puede deducir, con prudencia, que las responsabilidades estaban ampliamente repartidas entre los cristianos a principios del siglo II en Bitinia, que el título de diácono parecía conocido y, que las responsabilidades no estaban reservadas a un cierto estatus social, contrariamente a lo que parece desear el autor de las Pastorales, por ejemplo, para quien las cualidades requeridas de los responsables (obispo, diáconos, viudas) muestran que debían corresponder a amos y amas de casa. ¿Será necesario explicar la relativa severidad del gobernador Plinio por el hecho de que esas mujeres se comportaban con una libertad de palabra que él consideraba inapropiada para unas esclavas?

La tradición paulina conserva una cierta diversidad de nomenclatura: la epístola a los Efesios parece situarse en la línea mencionada en 1 Cor 12,28, de la cual retoma y completa la triada. Algunos textos más mencionan los mismos títulos de profetas y de maestros. Tal es el caso de Hch 13,1, como así también de la *Didaché*¹⁴. Esta última presencia el encuentro de dos nomenclaturas: profetas y maestros, por un lado, obispos y diáconos por el otro. Las Pastorales retoman estas últimas de Filipenses e introducen la categoría de ancianos. Podemos preguntarnos si *presbyteros* se utiliza para designar a los responsables de manera amplia, mientras que se utilizaría *episkopos* y *diakonos* cuando se quiere hablar de una función específica, de forma que hay una cierta equivalencia, al menos entre ancianos y obispos, como ya he señalado. Habrá que tener en cuenta el hecho

13 Plinio el joven, *Correspondance*, X,96 (97), en Pouderon, *Premiers écrits chrétiens*, 13, que traduce así: “Eso me hizo juzgar tanto más necesario arrancar la verdad por la fuerza de los tormentos a dos jóvenes esclavas que decían ser ministras de su culto”.

14 Ver *Doctrine du Seigneur transmise par les douze apôtres aux nations (Didaché)* XV,1-2, en Pouderon, *Premiers écrits chrétiens*, p. 93.

de que ningún texto del Nuevo Testamento cita juntos obispo(s), presbíteros y diáconos. Será en Ignacio de Antioquía donde aparezcan juntos como primicia.

Para apreciar las relaciones y evoluciones, es necesario tomar en cuenta el hecho de que puede existir una distancia entre lo que escribe un autor y la realidad a la que hace referencia, que puede ser diferente o más compleja. Doy cuatro ejemplos.

Primero, las cartas de Ignacio de Antioquía sugieren una organización que comprende un obispo, unos presbíteros y algunos diáconos, que, sin duda, él conoció y promovió en Antioquía. Se dirige a Policarpo de Esmirna considerándolo como un obispo. Este último, en cambio, algunos años más tarde, no reivindica ese título ni para presentarse ni para exhortar a sus destinatarios a propósito de los ministros, de los cuales cita dos categorías: ancianos y diáconos¹⁵. El episcopado único está lejos de verse generalizado a principios del siglo II.

Segundo, al final del siglo I, la carta de Clemente a los Corintios describe el proceso de nombramiento, por los apóstoles, de los primeros obispos y diáconos tal y como ella lo reconstruye: “En las campiñas y las ciudades, al hacer su proclamación, [los apóstoles] establecen las primicias, poniéndolos a prueba por el Espíritu, como obispos y diáconos de aquellos que iban a creer”¹⁶. Lo cual sirve de entrada a su intención con respecto de los Corintios de su tiempo (que parecen haber destituido a algunos ancianos). En revancha, no tenemos ninguna información directa que confirme que obispos o diáconos (ver Flp 1,1) hubiesen sido puestos en su lugar por el apóstol, por una parte y, que, por otra, se tratase de una práctica sistemática de los apóstoles o de Pablo en particular. En cambio, tenemos la evocación de otros títulos explícitamente mencionados: apóstoles, profetas, doctores (1 Cor 12) o de una ausencia de título (1 Tes).

15 Ver Policarpo de Esmirna, *Lettre aux Philippiens*, en Pouderon, *Premiers écrits chrétiens*, 220–226, en particular la apertura, la exhortación respecto de los diáconos (V,2) y la que se refiere a los presbíteros (VI,1).

16 Clemente de Roma, *Épître aux Corinthiens* XLII, 4, en Pouderon, *Premiers écrits chrétiens*, 60.

Tercero, el conjunto Lucas-Hechos reserva el título de apóstoles para los Doce. Lo cual corresponde a un proyecto teológico del autor, para quien esos doce simbolizan la transición entre la primera y la nueva alianza, así como del tiempo de Cristo al de la Iglesia. Hemos visto, en cambio, que Pablo hace un uso más amplio de ellos.

Cuarto: en 1 Tim 5 (sobre las viudas), el autor busca modificar una situación y por ello se esfuerza por ocultarla al menos parcialmente. La realidad parece ser que una categoría de mujeres llamadas viudas es reconocida mediante un compromiso específico y encargada de responsabilidades de enseñanza en el seno de la comunidad a la cual las Pastorales se dirigen. El autor no puede negarlo. En cambio, se esfuerza por limitar el acceso a un cierto tipo de mujeres y de ese modo modificar su naturaleza. De igual modo, probablemente, para las mujeres diaconisas (1 Tim 3,11) a quienes es reacio a nombrar como tales, siendo así que es bastante clara por lo demás que allí las hubo (ver Rom 16,1 y Plinio).

Esta última anotación me lleva a la tercera parte de mi exposición, en la cual pongo en evidencia algunas claves de lecturas adoptadas por los investigadores para organizar las informaciones dispersas recogidas más arriba.

3. Modelos y claves de lectura

Representaciones sociológicas y eclesiológicas pueden llevar al investigador a encontrar dificultades para aceptar la evidencia. Tal es principalmente el caso de la posición de las mujeres. No se puede refutar que las mujeres ejercieron responsabilidades dentro de las comunidades paulinas, como ya lo dejé indicado.

Un ejemplo sorprendente de esta dificultad queda de manifiesto por las dos versiones sucesivas de la *TOB* en relación a la traducción y el comentario de Rom 16, 1. He aquí lo que dice la versión de 1972 (edición integral): “Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, diaconisa de la Iglesia de Cencreas”. La nota precisa: “Febe, quizás la portadora de la carta, es llamada diaconisa, título desconocido en todo el N.T. De todos modos, es posible que las mujeres mencio-

nadas en 1 Tim 3,11 en un pasaje sobre los diáconos hayan, también ellas, ejercido el ministerio instituido en la comunidad primitiva (...)". Objetivamente, esta nota es errónea, pues acude a una opción de traducción, diaconisa, y no sobre el término griego. La versión de 2010 (edición integral) modifica la traducción y corrige la nota: "Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, ministro de la Iglesia de Cencreas". La nota precisa: "Febe, quizás la portadora de la epístola, es llamada ministro o servidor (en masculino: *diakonos*), título que es dado en el N.T. a Pablo, Apolo, Tiquico o Epafras (ver 1 Cor 3,5; 2 Cor 3,6; 6,4; Ef 3,7; 6,21; Col 1,7.23.25). Algunos piensan que este término designa la función de diácono, ejercida por una mujer, refiriéndose a una interpretación posible de 1 Tim 3, 11 (...). Aquí la nota es precisa. Da los hechos y señala un debate de interpretación. Algunos comentaristas emiten igualmente una duda sobre el estatuto de protectora que Pablo reconoce a Febe (Rom 16, 2). Se trata de un estatuto jurídico (representante de un extranjero ante la autoridad local) que algunos estiman que no puede haber sido asumido por una mujer.

La investigación de la primera mitad del siglo XX despliega una evolución de los ministerios basándose sobre una doble oposición: carisma y ministerio instituido, por una parte, ministros itinerantes y locales por la otra¹⁷. La hipótesis es que los primeros responsables se impusieron por sí mismos por su carisma, su autoridad, su unión con el Señor, sus conocimientos y su experiencia del Espíritu¹⁸. Posteriormente, las comunidades sintieron la necesidad de regular y formalizar el acceso al ministerio determinando las condiciones y el modo de reconocimiento. Lo cual se habría debido a la vez a la necesidad de proyectarse en el tiempo, de protegerse contra las desviaciones y dotarse de ministerios propios de un lugar. En efecto, los primeros predicadores eran itinerantes, siguiendo a Jesús y a sus enviados. Progresivamente, el impulso del Espíritu se

17 Esta línea de interpretación encuentra su exposición más sistemática en F. Von Campenhausen, *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht in den ersten drei Jahrhunderten*, J. C. B. Mohr, Tübingen 1953.

18 Hago notar de paso que esta propuesta es contemporánea de la emergencia de las primeras teorías de sociología de la religión, entre ellas las de Max Weber que desarrolla entre otras, el tipo del líder carismático.

fue canalizando y reduciendo al ministerio instituido, en un movimiento de clericalismo¹⁹.

Para algunos, la triada, apóstoles, profetas y maestros, sería de naturaleza carismática e itinerante, mientras que los obispos y diáconos, como los ancianos serían ministros locales. La coexistencia de predicadores itinerantes y de ministros locales aparece bastante claramente en determinados textos (principalmente 2 y 3 de Jn). Por otro lado, la hipótesis de una autoridad carismática que precedería a una institucionalización está menos claramente establecida sobre la base de los textos. El texto de *Didaché* XV,1, citado anteriormente, ofrece un largo desarrollo sobre la acogida de los predicadores itinerantes, pero no está claro que los profetas y maestros fueran los itinerantes a ser remplazados por obispos y diáconos locales a elegir. También se pueden ver en este texto los primeros signos de una uniformización de los títulos que desembocaría en la triada obispo, presbíteros, diáconos.

El investigador se ve confrontado al carácter fragmentario e indirecto de las informaciones sobre la cuestión de los ministerios en las primeras comunidades cristianas. Se ha desarrollado una propuesta metodológica original deslindar la dificultad: partir de lo conocido, es decir la generalización, en el siglo III, de un triple ministerio jerarquizado (obispo, presbíteros, diáconos), y esforzarse por reconstruir su génesis remontándose en el tiempo²⁰. Así mismo, es posible también apoyarse sobre la hipótesis de fuentes judías. Jesús habría retomado el modelo del enviado plenipotenciario del mundo medio-oriental, aplicado a los apóstoles. Las primeras comunidades locales habrían retomado la función de presbíteros del judaísmo palestino. Con el tiempo, la autoridad confiada al apóstol habría sido

19 Este movimiento ha sido calificado de *Frühkatholizismus* (precatolicismo), en sentido peyorativo. Ver sobre todo E. Käsemann, "Pablo y el precatolicismo", en *Ensayos exegéticos*, Sígueme, Salamanca 1977, 279-298.

20 Su principal defensor es sin duda G. Dix, *Le ministère dans l'Église ancienne*, Delachaux et Niestlé, París 1955. A mi parecer, este autor ha tenido una influencia sobre el diálogo ecuménico, principalmente en la formulación de las tesis sobre el ministerio en el documento de Lima (Comisión de Fe y Constitución (Consejo Mundial de Iglesias), *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (Documento de Fe y Constitución, III), Sígueme, Salamanca 1983.

transmitida al responsable local que se habría convertido en obispo. Habrá que admitir, ciertamente, la fragilidad de semejante metodología historiográfica. Por lo demás, el problema principal es precisamente la flaqueza incluso la ausencia de fuentes. La organización de la sinagoga judía en el siglo I está poco documentada.

La investigación de la segunda mitad del siglo XX se ha volcado hacia el mundo helenístico y su influencia sobre la vida cultural y sobre la organización de las comunidades cristianas. Se han tomado en consideración tres hipótesis principales: un préstamo a la sinagoga helenística, una influencia de la confraternidad helenística y, una impregnación de estructura social de la casa.

La hipótesis del restablecimiento de un modo de organización existente, el de la sinagoga helenística, parte del argumento del silencio: los textos bíblicos no hablan de la organización de la comunidad porque no plantea ningún problema, precisamente porque se impone por sí misma y no tiene que inventarla²¹. Sin embargo, esta hipótesis choca contra varios obstáculos. Carece de índices textuales que apoyen la propuesta. La organización de la sinagoga en el mundo helenístico en el siglo primero es igualmente mal conocida. La existencia de una dirección monocéfala por un jefe de la sinagoga, no está demostrada²². En cuanto a los ancianos, cuya función es principalmente jurídica, parecen ser una especificidad del judaísmo palestino.

Los títulos propios del cristianismo en desarrollo, obispos, presbíteros, diáconos provienen de la lengua griega. En la medida en que la Iglesia naciente se emancipa rápidamente de la sinagoga, algunos se preguntan si el modelo cultural podría ser el de confradía religiosa helenística. También ahí, se levantan obstáculos frente a esta hipótesis. El principal es que los términos mencionados son de acepción amplia y no acreditan una utilización específicamente religiosa.

21 Ver en particular J. T. Burtchaell, *From Synagogue to Church. Public Services and Offices in the Earliest Christian Communities*, Cambridge University Press, Cambridge 1992.

22 Las apariciones del término *archisunagogos* están frecuentemente en plural – ver Hch 13,15. Algunas inscripciones funerarias – tardías – que mencionan este título parecen evocar a un bienhechor más que a un dirigente.

Las asambleas cultuales de las primeras iglesias pudieron conllevar una comida durante la cual se celebraba la eucaristía. Numerosos investigadores del siglo XX estiman que la emergencia de los ministerios debe situarse en la presidencia y en la distribución de dicha comida. La dificultad principal de esta teoría es su ausencia total de testimonios en los textos del Nuevo Testamento. En la literatura paulina, en particular, el texto sobre la Cena (1 Cor 11) guarda un silencio total sobre la atribución de funciones durante la comida, mientras que los pasajes que evocan ministerios apuntan esencialmente hacia actividades de la palabra. Una vez más, es en Ignacio de Antioquía donde aparece el vínculo entre los ministros y la eucaristía, en particular para el obispo y quizás los diáconos. Es difícil sacar de ello una conclusión para los periodos precedentes.

En asociación con la precedente, una hipótesis relativamente antigua ha tomado nueva fuerza por la consideración de los elementos socio-económicos en el análisis de los textos. Apoyándose en el hecho de que los primeros cristianos se reunían en casas privadas, surge la hipótesis de que la casa greco-romana constituye la matriz social que dio forma a la primera organización. El dueño de casa, al acoger a la comunidad en su casa era la persona más indicada para presidir la asamblea y la comida, mientras que los servidores garantizaban la intendencia y la organización concreta: ese sería el nacimiento del obispo y de los diáconos²³. En la medida en que, según parece, rápidamente en una ciudad, los cristianos se fueron reuniendo en varias casas, los dueños de casa habrían constituido un colegio de ancianos, encargados de la dirección colegial de la comunidad.

La propuesta tiene a su favor la verosimilitud. Dispone de algunos elementos de lectura posible. De todos modos, a mi parecer, se basa más sobre el postulado del predominio de la estructura social que sobre la evidencia de los textos. Muy al contrario, por no mencionar más que dos elementos, Gayo, que acoge a toda la Iglesia en su casa, no se ve compensado con ninguna función o título (Rom 16, 23). Inversamente, Febe (Rom 16, 1-2) es calificada como diaconisa

23 Ver por ejemplo B. J. Capper, "Apôtres, maîtres de maison et domestiques. Les origines du ministère tripartite", *Études théologiques et religieuses* 81 (2006) 395-428.

de la Iglesia. El hecho de que viaja (sin duda por negocios) y de ser calificada como protectora hace de ella una dueña de casa en el sentido socio-económico y jurídico del término, y ciertamente no una criada al servicio de las mesas.

4. Cuestionar el método de lectura y de interpretación

¿Qué buscamos cuando preguntamos al Nuevo Testamento sobre los ministerios? En la época y en las comunidades evocadas por los textos, la organización de los ministerios no estaba unificada. Existe un amplio consenso sobre el hecho de que la generalización y la jerarquización de los tres ministerios de obispo, presbítero y diácono se produjo a lo largo del siglo II. La Escritura no podría ser invocada en apoyo de una forma restrictiva de organización.

El origen de los títulos es poco claro. El título de anciano puede provenir tanto del judaísmo como del mundo helenístico. Los términos de obispo y de diácono son prestados del mundo griego, pero no están vinculados a un modo de organización específico y mucho menos a funciones religiosas. El título de maestro puede inspirarse en la creciente autoridad de los fariseos en el judaísmo. El de profeta tiene una ascendencia vétero-testamentaria pero no es conocido por el judaísmo contemporáneo. El de evangelista es evidentemente propio de los cristianos, pero no se impone. En cuanto al de apóstol, tiene una historia espectacular, pero breve.

Algunas hipótesis ampliamente admitidas no encuentran ninguna base en el Nuevo Testamento. En particular, la idea de que las funciones hallan su origen en la celebración de la cena eucarística no es ni demostrable ni falsificable. La hipótesis de una organización basada en la senioridad, que indicaría el uso de *presbyteros*, tampoco resulta evidente. De manera general, una teoría de la evolución de los ministerios no podría ser construida principalmente sobre un principio de verosimilitud. Las pocas notas explícitas conducen a pensar que los ministerios se desarrollan en función de las necesidades de las comunidades, en torno a las actividades de la palabra. Algunos dueños de casa al albergar a los cristianos pudieron tener una función particular, otros no.

¿Es posible, más allá de la volatilidad de las formas, mantener criterios de definición y de evaluación de los ministerios a partir de los textos bíblicos? Yo propongo tres.

El primer criterio es el del servicio. De diversas maneras, comenzando por el uso de *diakonos* en Pablo, se indica que toda posición particular en la comunidad debe orientarse en el sentido del servicio.

El segundo criterio es el de la edificación. El ministerio está al servicio del conjunto, permite a cada uno expresar su vocación cristiana y confesar su fe, de palabra y en actos. El ministerio particular está al servicio de la unidad fundamental de la obra de Dios en las Iglesias.

El tercer criterio es el de la fidelidad. Es particularmente puesto de relieve en las epístolas pastorales, pero aparece también en otros lugares. La autoridad del ministerio descansa sobre la fidelidad a la predicación apostólica, al anuncio del Evangelio, “a tiempo y a destiempo” (2 Tim 4, 2), y no sobre un estatus específico.

En función de estos tres criterios, y constatando que ningún modelo de organización se deriva de los textos, propongo considerar que la autoridad de la Escritura es del orden de la interpelación. Ella interroga a cada uno sobre la manera en que asume su tarea en la Iglesia en relación con esos tres criterios del servicio, la edificación y de la fidelidad. Pero interroga también al conjunto de la Iglesia sobre la manera de asumir su misión, y sobre la forma de recibir a los ministros encargados de permitirle desempeñarla.